



Domingo después de Navidad - Sagrada Familia Ciclo B

31 de diciembre de 2023

Eco 3,2.12-14

Sal 127

Col 3, 12-21

Lc 2, 22-40

P. Eduardo Suanzes, msps

Hoy celebramos a la Sagrada Familia de Nazaret que, por cierto, hoy vemos en Jerusalén. Jesús ha nacido y el primer acto familiar de los tres es el Templo, la Casa de Oración, como treinta años más tarde defenderá Jesús contra los cambistas. Son pobres, vienen de un establo a pocos kilómetros de la ciudad, y los vemos entrando humildes y en silencio en la gran explanada del Templo. La escena es sobrecogedora e impactante.

Lo que quiere indicar, por encima de cualquier cosa, es que José y María son extremadamente cumplidores de la Ley y por eso están ahí. Que el centro de la vida de los tres es Dios. Y ahí están.

Es curioso: en esta fiesta de la Sagrada Familia, los personajes principales del evangelio son dos desconocidos: Simeón y Ana. A José ni siquiera se lo menciona por su nombre (sólo se habla de “los padres de Jesús” y, más tarde, de “su padre y su madre”)¹. El niño, de sólo cuarenta días, por supuesto no dice ni hace nada, ni siquiera llora. Sólo María adquiere un relieve especial en la bendición que le dirige Simeón, que más que bendición parece una *maldición gitana*².

Llegados a la explanada José y María se topan con dos personajes ancianos: Simeón y Ana. Simón y Ana hablan, José y María callan en este día lleno de sorpresas, alegrías y anuncios peligrosos. Nos dice Lucas que Simón había tenido la revelación del Espíritu Santo de que no vería la muerte sin haberse topado primero con el Mesías. En esta corta intervención del anciano se anuncia lo que es y será Jesús. Primero, al tenerlo en sus brazos, lo identifica como su Salvador, la esencia del mismo Jesús contenida en su mismo nombre: **Yeshuah** (= él salva, salvador).

Esto es importantísimo en todo encuentro con Jesús. Si hemos tenido una experiencia auténtica de encuentro con Jesús y meditamos sobre ella, lo que se realizó en nosotros el toparnos con Jesús fue precisamente esto: la salvación. Quizá, cuando se produjo no supimos verbalizarlo, expresarlo con palabras e identificarlo objetivamente. Pero todo encuentro auténtico con Jesús marca un antes y un después. Al principio, puede ser, que no sepamos, ni *el qué*, ni *el porqué*, ni *el para qué*, porque en realidad eso no importa. Lo que importa es experimentar que se está produciendo un golpe de timón en nuestras

¹ En el texto que nos presenta la liturgia sí se mencionan los nombres pero es solo para nuestra comprensión. El texto original los oculta.

² Cfr. JOSÉ LUÍS SICRE. *Donde la familia no es lo importante*. En www.feadulta.com

vidas. Luego, con el tiempo, la acción salvadora de Jesús se va aclarando y Dios comienza a ponerle palabras y nombre a nuestra misión y empezamos a comprender el *para qué*

Luego, Simeón, dirigiéndose a la madre le indica cómo se produce esa salvación: le anuncia la cruz. Al decirle esas palabras Simeón dice que Jesús será como una bandera discutida; unos caerán y otros se levantarán. Jesús, que es la Palabra, es como esa espada de doble filo que al penetrar en la carne separa en dos mitades lo que atraviesa; la cruz de Jesús, que es la entrega de la propia vida, será el signo de identificación de todos los que le quieran seguir, porque comprenderán que **la felicidad no consiste en no sufrir, sino en saber hacerlo**. Y tú María, sabrás hacerlo y acogerás esa Palabra con todo tu corazón, por eso serás dichosa entre todas las mujeres. Tú comprenderás, como nadie, ese evangelio de Jesús que nos llevará a la ganancia por el extraño camino de la pérdida. La aceptación o no de la cruz separará a unos de otros: los que se abrazan al evangelio y los que no. La cruz es el gran signo y no habrá otro.

Sin embargo, en medio de la escasez aparente de datos sobre la familia, hay un detalle que Lucas subraya hasta la saciedad: cuatro veces repite que es un matrimonio preocupado con cumplir lo prescrito en la Ley del Señor. Este dato tiene enorme importancia. Jesús, al que muchos acusarán de ser mal judío, enemigo de la Ley de Moisés, nació y creció en una familia piadosa y ejemplar³.

Para saber cómo era esta Familia de Nazaret nada más hay que ver la vida de Jesús. ¿De quién aprendió Jesús la misericordia del Padre y le habló del perdón? ¿Quién le enseñó cómo crecían los lirios del campo y cómo las semillas las esparcían los sembradores? ¿Quién le habló de pastores y de ovejas perdidas, de lobos y de mercenarios? ¿Acaso no se lo enseñó José? ¿De quién lo iba a aprender si no? ¿Quién le habló de la entrega, del silencio de la donación de la vida, de la humildad y de lavar los pies? ¿No lo vería en María un día sí y otro también? Los hijos aprenden de los padres y Jesús fue quien fue, ¡es quien es!, por José y María: por eso estaban ellos en el plan de Dios. Jesús predicó lo que vivió. Si predicó el amor, es decir, la entrega, el servicio, la solicitud por el otro, quiere decir que primero lo vivió él y lo vivió en el seno de su familia.

El proyecto de toda familia cristiana es que sus hijos sean cada vez más parecidos a Jesús; pero para ello, los padres han de ser lo más parecidos a José y María.

³ JOSÉ LUÍS SICRE. *Ibid*